

# Tres fanáticos del infinito

STEFAN ZWEIG

*La lucha contra el demonio.*  
(Hölderlin, Kleist, Nietzsche)

Traducción de Joaquín Verdaguer.  
El Acantilado. Barcelona, 1999.  
332 páginas, 2.900 pesetas.



las ediciones de sus obras alcan-  
zaban grandes tiradas en todo  
el mundo.

► Stefan Zweig (1881-1942), escritor austríaco de origen judío, fue un maestro de la novela corta y el ensayo biográfico. En los años treinta y cuarenta,

UNO de los primeros éxitos de ventas con los que comenzó la fama europea de Stefan Zweig —autor que parece gozar de una justa recuperación editorial en nuestro país— lo constituyó una pequeña obra titulada *Tres maestros* (Leipzig, 1921). Contenia tres ensayos biográficos de corta extensión dedicados a Balzac, Dickens y Dostoiévski, y era la primera entrega de un ciclo ensayístico titulado *Baumeister der Welt*, «constructores (o arquitectos) del mundo». Las dos partes restantes aparecerían en 1925 y 1928 respectivamente, bajo los epígrafes: *La lucha contra el demonio*, que contenía otros tantos ensayos dedicados a Hölderlin, Kleist y Nietzsche, y *Tres poetas de sus vidas*, donde Zweig celebraba esta vez las figuras de Casanova, Stendhal y Tolstói. El autor austríaco se proponía atraer la atención del público sobre la particular psicología de la personalidad creadora, que abordaba desde una perspectiva subjetiva de intérprete y admirador apasionado. Zweig, amante de las miniaturas históricas y los retratos literarios, describía los entresijos de la personalidad creadora, las diversas formas que el carácter del genio artístico —en este caso, literario-poético— adoptaba para expresarse y que podían ser diferenciadas casi tipológicamente sólo con estudiar las vidas de unos cuantos autores, a quienes Zweig consideraba verdaderos «épicos espirituales».

Con una claridad de ideas poco común, característica principal de la escritura de Zweig, que en ocasiones suele confundirse con superficialidad de diletante, esos nueve ensayos biográficos eran, ante todo, un homenaje a la personalidad creadora, una descripción de las intensas emociones y el sufrimiento que son inseparables de esos gigantes espirituales sin cuya existencia el mundo sería menos rico de lo que es. El análisis detallado de la obra de los autores elegidos pasaba a ser una cuestión secundaria en com-

paración con la relevancia del análisis psicológico de cada uno de ellos; su personalidad, que era siempre singular, distinta de las mentalidades dominantes en sus épocas, cobraba tal importancia para Zweig que, en su opinión, era sólo ésta la que determinaba el trazo general de las obras creadas. Sumergirse en las revueltas aguas de las personalidades de estos hombres geniales iluminaba las interpretaciones de sus obras, además de constituir una verdadera revelación para conocer los intersticios del universo psicológico humano. En claro antagonismo con su gran amigo Sigmund Freud, que veía «enfermos mentales» por todas partes, Zweig analizaba la aflicción nerviosa, la «manía» creadora y sus síntomas como verdaderos dones divinos al manifestarse en caracteres tan especiales, acaso de orden «superior».

Cada triada de autores elegidos por Zweig poseía cierto denominador común que los acercaba y servía para ubicarlos dentro de la idea general de un tipo paradigmático de personalidad creadora; así, Balzac, Dickens y Dostoiévski encarnarían el tipo de los maestros novelistas por antonomasia, de personalidad arrolladora, geniales y meticulosos observadores de la reali-

**«EL análisis detallado de la obra de los autores elegidos pasaba a ser una cuestión secundaria en comparación con la personalidad del autor; en opinión de Zweig, era sólo ésta la que determinaba el trazo general de las obras creadas»**

dad exterior y los caracteres humanos. Casanova, Stendhal y el conde Tolstói presentarían personalidades más hedonistas, devotas de sí mismas y de sus sensaciones, pero que supieron extraer de sus vidas y avatares grandes testimonios literarios; finalmente, Hölderlin, Kleist y Nietzsche pertenecerían al tipo de seres vapuleados por su demonio interior, los «fanáticos del infinito», personalidades cautivas de su sensibilidad y de la abundancia, del exceso de sus mentes, incansables productoras de ideas excéntricas y vigorosas, condenadas a la embriaguez, a la enfermedad psíquica que destroza su voluntad cuando ya han dado lo mejor de sí mismos para luego, exhaustos, precipitarse al abismo de la locura o el suicidio. Quizá sean precisamente los ensayos incluidos en *La lucha contra el demonio* los más logrados. Pintan la personalidad de tres verdaderos desarraigados, incomprensidos en vida, desposeídos de cuanto hace soportable

la existencia: una familia, una profesión, una patria en la que afincarse. El demonio que acecha a todo creador, que para Zweig se encarnaría en esa fuerza que pugna por elevarlo sobre el mundo de lo cotidiano y lo induce a describir o a interpretar la realidad, a ir más allá de las apariencias —cada cual en proporción a sus medios y sus dotes— y que la mayoría de los creadores son capaces de dominar, se apoderó de esta triada de desesperados, que al pactar con él, se olvidaron de sí mismos.

Hölderlin, autor de ese magnífico y delirante *idearium* que es *Hiperión*, y considerado por muchos como el poeta alemán más grande de todos los tiempos, fue un ser incapaz de tener los pies sobre la tierra. El ansia de pureza que lo animaba, de libertad en todos los ámbitos a la que su espíritu aspiraba, su idealismo exacerbado, su fe ciega en la poesía, lo convirtieron en un inútil social, en un paria de la razón. Vivió durante casi treinta y siete años prácticamente de la caridad de una humilde familia, recluso en una torre a orillas del Neckar, privado por completo de sus facultades mentales. Heinrich von Kleist, una estrella solitaria en el cielo literario alemán, incapaz de arraigarse en ningún lugar, inducido por su anhelo infinito, por su inquietud existencial, a convertirse en el mayor dramaturgo de su tiempo, acabaría pregonando las delicias de la muerte voluntaria, conminando a sus conocidos a que se suicidasen con él poco antes de acabar consigo mismo de un pistoletazo, a orillas del Wansee berlinés. Y, finalmente, Nietzsche, sin duda uno de los más conspicuos pensadores de todos los tiempos. Su demonio más tiránico fue el insaciable anhelo de verdad que lo embriagaba; su pasión patológica, la sinceridad; un orgullo innato y una férrea seguridad en el poder de su inteligencia acabaron por apartarlo del mundo y condenarlo a la más absoluta soledad, la de quien descubre verdades como martillos, como puños que sólo a él golpean.

Tales personalidades solitarias, inarmónicas, cuya trayectoria vital termina en tragedia, siempre a disgusto con sus logros artísticos, que consideran meros jalones en una prueba de fuerza con el infinito, la contraponen Zweig a otro tipo de carácter creador: el olímpico y sobrio, representado por Goethe. La suya es una personalidad armónica, que supo descubrir al demonio allí donde se ocultaba: en la embriaguez de la pasión o en la música



Stefan Zweig en 1901

(en cuyo paroxismo tanto Hölderlin como Nietzsche perdían la voluntad) y cuyo influjo dominó siempre a tiempo huyendo hacia la razón comedida, dirigiendo sus afanes hacia menesteres prácticos como la observación de la Naturaleza y de la vida cotidiana, hacia el hedonismo moderado que procura un adecuado «arte de saber vivir» en el que acabó siendo un maestro. El efecto, el contraste que produce la confrontación del carácter del gran hombre con el apasionamiento de aquellos otros fanáticos espirituales, es sumamente aleccionador.

Estos admirables ensayos de Zweig, preñados de subjetivismo, que proporcionan trazos e ideas generales de crucial importancia para la interpretación, supondrán con seguridad un deleite para quienes deseen enfrentarse a la obra de Hölderlin, Kleist y Nietzsche. El perfil que Zweig proporciona sobre cada uno de estos autores, de tono épico, pleno a veces de patetismo, plagado de metáforas, se dirige más a conmover la voluntad y el corazón de los lectores que a estimular una razón a veces excesivamente academicista y a la que no le queda más remedio que elegir entre rendirse o soslayar el cuadro excesivamente vivo de personalidades tan inquietantes. La antigua traducción de Joaquín Verdaguer, recuperada y un tanto remozada para esta edición, contribuye a transmitir fielmente el *pathos* del que participa la prosa de Zweig, tan vigorosa y accesible. Sería magnífico que a estos tres ensayos ahora recuperados, les siguiesen pronto los seis restantes que completan el ciclo *Constructores del mundo*.

Luis Fernando Moreno Claros